

Vivo Para Agradar A Dios Y No A La Gente

033

Efesios 1:4 Dios nos escogió en él, antes de la creación del mundo, para que seamos santos y sin mancha delante de él. En amor, **5** nos predestinó* para ser adoptados como hijos suyos por medio de Jesucristo, según el buen propósito de su voluntad, **6** para alabanza de su gloriosa gracia, que nos concedió en su Amado.

Pensemos:

El versículo leído nos enseña que nosotros los creyentes en Jesucristo, hemos sido escogidos, separados y adoptados como hijos de Dios para cumplir un propósito santo mientras existimos. Es por eso que, para aprovechar eficazmente nuestra existencia, aprendamos a descubrir ese propósito divino y desarrollarlo.

Nosotros existimos para agradar a Dios y no a la gente.

Pero resulta a veces fácil, quedar atrapados en la sensación de querer complacer a las personas antes que a Dios; y cambiar nuestra forma de actuar para que otros se sientan a gusto. Haciendo esto nos traicionamos a nosotros mismos, pretendiendo ser lo que, en realidad, no quiere Dios que seamos.



El ser humano tiende siempre a mirar el exterior de las personas y de allí creen hacerse una idea completa de cómo son ellas, para hacer sus calificaciones y juicios. Con ese proceder, pasan por alto que Dios sólo mira nuestro corazón y no lo que hay fuera de él. Olvidan, asimismo, que, si desgastan el tiempo de su preciosa existencia que el Señor les regala, tratando de impresionar a otros, no están siendo genuinamente aquellas personas para lo cual fueron creadas.

Siempre nos vamos a encontrar con personas que por alguna razón no nos van a aceptar tal como somos. Por eso, debemos tener presente que sería

muy doloroso olvidar nuestra identidad en Cristo, jugando un papel que no es el que nos pertenece. Recuerda siempre que a quien debemos satisfacer es a Dios y no a la gente.

Es natural que, al ignorar las críticas de la gente, esto te genera su rechazo, y eso resulta ser algo normal en nuestra existencia. Pero ante eso, debemos tener siempre presente lo que nos sostiene: Que somos aceptados por Dios en Cristo. Fuimos adoptados como hijos del Señor a través de él y, en consecuencia, quien guía nuestro camino, aquel que tiene potestad en los cielos, la tierra y todo el universo, es Dios nuestro Padre.

¿Habrá alguna bendición mayor para nosotros que ser hijos de Dios, nuestro Padre eterno y misericordioso?
¿Verdad que no? Entonces vivamos para agradecerlo a él.

Oremos:

Amado Padre Celestial, Gracias por crearnos y adoptarnos como tus hijos. Gracias por darle propósito a mi existencia. Quiero agradarte a ti en todo. Gracias por derramar cada día tus bendiciones sobre mí, enséñame a ser la persona que tú quieres que yo sea. Enséñame a amar como tú amas y a abrir los ojos para encontrar en cada situación, el propósito para el cual me has destinado. En Jesucristo el Señor. Amén.